

Utopía comunitaria. Encuesta a «Comunidades Cristianas Populares» de Andalucía

Pedro Gómez García
Proyección (Granada), 1979, núm. 113, 135-146.

0. Presentación

En julio de mil novecientos setenta y siete tuvo lugar en Granada un acontecimiento nuevo: una asamblea de cerca de ochocientos cristianos, procedentes de núcleos comunitarios diseminados por todo el país andaluz, incipientemente puestos en contacto y en parte coordinados entre sí. Aparecía a la luz pública una muestra de ese tejido, aún tenue y poco curtido, cuyos hilos se venían entrelazando desde varios años atrás. Celebraban el **Primer Encuentro de Comunidades Cristianas Populares de Andalucía**, que, el año anterior, en Málaga, había tenido un precedente en la «Primera Semana de Teología desde Andalucía». el tema del primer encuentro fue LA COMUNIDAD CRISTIANA.

En julio de 1978, esta vez en Málaga, se celebró el **Segundo Encuentro de Comunidades Cristianas Populares de Andalucía**, que centró sus trabajos sobre LA TRANSFORMACIÓN DE LA IGLESIA. A pesar de las dificultades que experimentaban muchos grupos, sometidos a un proceso de ebullición constante e inestabilidad, el movimiento comunitario proseguía adelante. Cuando este artículo salga a la luz, se estará celebrando, del jueves al sábado santo de este año de 1979, el **Tercer Encuentro**, en Sevilla, bajo el lema: DISPUESTOS SIEMPRE A DAR RAZÓN DE NUESTRA ESPERANZA.

La **encuesta**. En el primer encuentro, junto con la carpeta de materiales se distribuyó una encuesta, mediante la cual los organizadores querían obtener un conocimiento más exacto de la realidad del movimiento comunitario: dónde están los grupos, qué clase es su identidad y su organización interna, cómo llevan a cabo la formación teórica, la celebración de la fe y la intervención social, qué clase de coordinación establecen con otros grupos similares, qué relaciones mantienen con la iglesia institucional.

De hecho, se recogieron contestaciones de unos cien grupos, lo cual suponía una buena base para el estudio y la reflexión que luego hicimos. No obstante, la encuesta presenta limitaciones. Por ejemplo, el que las respuestas sean grupales y no individuales, con lo que ciertas variables no se pueden correlacionar. Dados estos límites, vamos a hacer de la encuesta predominantemente un uso descriptivo, enfocando el análisis casi sólo desde el punto de vista de la variable campo/ciudad (1).

Las **fichas** de inscripción, por otro lado, que fueron rellenando individualmente todos los participantes en el primer encuentro servirán de complemento: este fichero aporta datos completos en lo referente a la comunidad, ubicación, profesión, edad y sexo.

La **documentación**, en fin, de los dos encuentros mencionados va a constituir otra fuente informativa, para enriquecer la panorámica sobre las comunidades populares. A algunos apartados añadiremos un complemento textual, a modo de escueto testimonio que nos aproxime al espíritu de este movimiento eclesial de base, que queda abierto, por supuesto, a críticas e indagaciones más profundas.

1. Dónde están las comunidades cristianas populares

Las comunidades y grupos cristianos participantes en el I Encuentro a nivel de Andalucía se encuentran distribuidos, de hecho, por todas las provincias, aunque el movimiento aparece más amplio en Málaga, Sevilla, Granada y algo en Cádiz. Luego siguen Huelva, Córdoba, Jaén y Almería. En esta última, se había empezado muy recientemente.

Atendiendo al medio social donde viven los grupos, resulta que el **medio rural**, es decir, los pueblos, está bastante menos representado (33 por 100) que el **medio urbano** (67 por 100), entendiéndose por tal las capitales de provincia. Participó gente de más de cuarenta pueblos de Andalucía, según las fichas de inscripción. Así ven las comunidades esta realidad:

«Andalucía está bautizada, pero no evangelizada; está bautizada sin fe previa ni subsiguiente: está bautizada en falso. Remediar esto es parte de nuestra tarea: Asumir como nuestras las condiciones andaluzas de colonización interna, el subdesarrollo industrial, la opresión económica, la emigración masiva de población trabajadora, el enorme paro, el bajo nivel de vida, la fuga del ahorro, la descapitalización, la baja productividad, la manipulación política, la alienación cultural y religiosa. Y **desde ahí**, que nuestras comunidades cristianas sean impulso creciente para la construcción de la comunidad humana» (2).

2. Qué clase de grupos: qué clase de gente

Algo más de la mitad de los grupos rebasan los quince miembros. Hay cierta tendencia a formar grupos mayores en los pueblos que en las capitales. Doce es el número de miembros más frecuente, en términos absolutos, según la encuesta.

Referente a la distribución por **sexo**, de acuerdo con las fichas de inscritos, casi mitad y mitad: un 48 por 100 de mujeres, junto a un 52 por 100 de varones; por tanto muy equilibrado.

En la composición de los grupos, abundan más aquéllos con predominio del número de mujeres sobre el de hombres; aunque esta diferencia es muy pequeña en los pueblos y muy marcada en las capitales, donde un 60 por 100 de los casos hay más mujeres que hombres, y en un 20 por 100, mitad por mitad.

Las **edades**, según las fichas, oscilan entre trece y setenta y nueve años, dándose una edad media de veintinueve. Hay un 75 por 100 de menores de 35 años. Un 62 por 100 de menores de 30 años, Y entre los 31 y 45 años, se encuentra una tercera parte de los participantes, lo que muestra el carácter no meramente juvenil del movimiento de comunidades, a pesar de las apariencias.

Los grupos en que predominan los menores de 25 años llegan a un 55 por 100; mientras que en un 42 por 100 predominan los mayores de 25 años. En las capitales, estos últimos porcentajes prácticamente se igualan, en tanto que en los pueblos se da un 70 por 100 con predominio de menores de 25 años y un 30 por 100 de mayores.

El **estado civil** de la gente que está en comunidades (según la encuesta y con referencia a los miembros totales, no sólo a los asistentes al encuentro) es: personas solteras, el 80 por 100 aproximadamente; y casadas, un 20 por 100. sin que haya diferencia en esto entre pueblo y capital.

En el aspecto eclesiástico, parece haber un 94 por 100 de **seglares**, un 4 por 100 de **curas** y un 2 por 100 de **religiosos**. En el encuentro participó un porcentaje algo mayor de curas (un 7 por 100), si nos atenemos a las fichas de inscripción.

De otro lado, en la distribución por **profesiones**, según las mismas fichas, los estudiantes eran los más numerosos (26,69 por 100), seguidos de los enseñantes (21,89 por 100), los obreros (18,77 por 100), los técnicos, administrativos y empleados de comercio (12,90 por 100), amas de casa (9,53), sanitarios (5,57), asistentes sociales y abogados (2,50) y en paro (2,05 por 100).

Resalta el elevado porcentaje del mundo de la enseñanza: entre profesores y estudiantes suman un 48,68 por 100 de los participantes.

Si nos referimos no ya a los que acudieron al encuentro sino a los que forman realmente la base, encontramos un 21 por 100 de grupos predominantemente de estudiantes y enseñantes (aunque haya otro tipo de componentes); un 7 por 100, predominantemente de obreros; pero el 70 por 100 lo componen una mezcla de ambos elementos. No se presentan diferencias significativas entre el campo y la ciudad.

3. Nacimiento y evolución de los grupos

El surgimiento de los grupos dentro de la orientación actual se generalizó a partir de 1970. Un 25 por ciento de ellos ya marchaban en 1974. Y un 75 por ciento, después de esa fecha, notándose un claro auge en esos tiempos finales del franquismo. No obstante, el movimiento debió irse incubando desde bastante atrás (de los representados en el encuentro, el grupo más antiguo se había iniciado en 1968). El trienio 1974-75-76 parece ser el momento más floreciente, en el que además se va

adquiriendo un cierto nivel de coordinación. Actualmente hay ya varios intentos de reconstrucción de la historia de estas comunidades (3).

¿Qué motivos llevaron a formar los grupos? La respuesta es semejante en los pueblos y las ciudades: Lo fundamental es el deseo de vivir una fe más auténtica y de manera comunitaria. Bastantes señalan como motivo inicial el compartir una misma inquietud y la búsqueda de un compromiso social potenciado por la fe. Algunos (8 por 100) se motivaron por la amistad y la comunicación.

A lo largo de su evolución, la mitad e los grupos han pasado por etapas de iniciación, de formación y consolidación, llegando a comprometerse en acciones prácticas concretas, sociales o políticas. En el medio rural, mayor número de grupos alcanza ese nivel (74 por 100); mientras que, en el medio urbano, sólo un 55 por 100 da el paso a la acción. Los restantes se hallan en una etapa de iniciación, o de formación más a fondo. En las capitales, una tercera parte de los grupos no ha superado esta fase formativa.

El desenvolvimiento de la vida grupal suele ser, a veces, accidentado, con tensiones de diversa índole, que pueden acabar en la división del grupo o en su disgregación. Al parecer, una cuarta parte de los encuestados no ha sufrido conflictos dignos de mención. Según el orden de mayor a menor frecuencia, las causas de tensión son: en los pueblos, problemas de fe, choques interpersonales, pérdida de interés u orientación conflictos ideológicos y políticos; en las capitales, ante todo conflictos ideológicos y políticos, luego choques personales, pérdida de interés u orientación, problemas de fe.

Otras fuentes internas de discordia en la marcha comunitaria surgen del bloqueo de la comunicación, los desniveles de edad o la escasa clarificación de posiciones (afectando estas dificultades a un 47 por 100 de los grupos); también el no encontrar salida -o haber resistencias- al compromiso social (un 22 por 100); y la poca formación en el terreno de la fe (18 por 100).

Por lo demás, hay interferencias procedentes del exterior que inciden negativamente, ya sea por parte de las autoridades civiles o eclesiásticas, o del medio ambiente hostil al grupo. Un 30 por 100 de las comunidades señalan que han tenido, o tienen, problemas con el párroco u otra gente de la parroquia.

4. Identidad perdida

La línea fundamental definitoria de esta corriente de iglesia que son las comunidades viene marcada por dos opciones radicales que se implican mutuamente: 1) Opción por la fe en Jesús y su evangelio. 2) Opción por los pobres y oprimidos, o sea, por el pueblo y su liberación.

La práctica de estas opciones básicas se particulariza en la vida de los grupos, ante todo, en el **compartir la fe comunitariamente**, desde un nuevo modelo de iglesia de base, y en el potenciar el **compromiso social y popular**, frecuentemente en un barrio o en los problemas locales; con menos insistencia se señala la búsqueda de **amistad y comunicación**, y de **formación**. Casi un tercio de los grupos menciona simultáneamente estos cuatro factores como característicos. Muy pocos añaden el vivir en común como rasgo esencial de su comunidad. Estas opciones se recogen en este texto de las comunidades:

«La identidad de la comunidad cristiana la encontramos en:

- La fe en Jesús, que lleva a tomarlo a él y a su grupo como modelo y criterio.
- Buscar ante todo el reino de Dios, que se manifiesta en el amor y la justicia. El espíritu de Dios, fuerza de la historia y esperanza del futuro, se manifiesta hoy a través del pueblo y su lucha por la liberación, instándonos a la conversión.
- Aceptar y celebrar su reinado en su auténtico contenido.
- Opción por el pueblo, por el hombre explotado y oprimido» (4).

5. Organización, entrada y salida

Da la impresión de que la **estructura organizativa** se considera algo bastante secundario, dado el bajo por ciento de encuestas respondidas en este punto. Las que contestan hablan de coordinador del grupo, secretario, responsable del fondo común, de la formación, de la liturgia, etc. Una cuarta parte suelen crear comisiones o subgrupos con diversos cometidos. Algunos indican que no hay ninguna organización fija. Prevalece una estructura asamblearia. Es corriente que haya una especie de responsable (o responsables) de la comunidad.

La frecuencia de las reuniones suele ser semanal (o mayor en algunos casos), en un 87 por 100 de los grupos. Quincenal, en un 9 por 100. Y sin ritmo estable, un 3 por 100. No se aprecian diferencias, en esto, entre pueblos y capitales.

Existen algunas comunidades que son a la vez núcleos de vida en común, bien en su totalidad o parte de los miembros; pero, aunque muchos lo imaginan como un ideal, no es una práctica muy extendida, quizá por las dificultades que entraña.

La **entrada** en el grupo está regulada, a menudo, por algunas exigencias previas (en un 62 por 100 de los casos), mientras en los demás no se ponen ningunos requisitos de ingreso. En orden de preferencia, esas exigencias previas son: a un tiempo la aceptación de la fe y del compromiso social (40 por 100); sobre todo una aceptación de la fe (31 por 100); sobre todo la aceptación del compromiso sociopolítico (21 por 100).

Más en concreto, los motivos que llevan a la gente a solicitar la entrada en un grupo estriban en: el deseo de vivir la fe y la comunidad cristiana (es lo predominante en las ciudades); el conocimiento del grupo y la actividad que lleva a cabo (motivo dominante

en el medio rural). En cambio, la inquietud social o el deseo de comprometerse da un porcentaje bajo (alrededor del 10 por 100) entre los motivos iniciales de incorporación, lo que podría significar que es ésta una de las dimensiones que más potencia la pedagogía de las comunidades.

El momento de admisión al grupo acostumbra a ser (en un 60 por 100) cuando libremente lo solicitan. En cerca de un 40 por 100 de los casos, han de cumplirse ciertas condiciones, tales como la aceptación por parte de los demás miembros, un período de iniciación o catecumenado, el conocimiento y asunción de las líneas del grupo. Suele ser dificultosa la incorporación de personas nuevas a grupos ya hechos.

La **salida** de los que se van del grupo la atribuyen, en la encuesta, primero, al miedo a comprometerse; segundo, a la falta de adecuación de la marcha del grupo a las propias expectativas (no avanza, exige demasiado, etc.); y tercero, con escasa incidencia, a problemas de fe.

6. Formación teórica

A nivel específicamente cristiano, alrededor de la mitad de las comunidades llevan un cierto plan de iniciación o catecumenado. Otras se forman a base de estudio de la Biblia o en una línea de teología popular. Otras, en menos medida (un 20 por 100), mediante reuniones de reflexión y revisión. A veces, combinan estos elementos formativos.

En el plano social y cultural, una tercera parte afirman desarrollar una formación social o sociopolítica. La mitad, al menos, hacen de tiempo en tiempo cursillos especiales sobre temas diversos, según las necesidades que se plantean. Hay un tercio que no contestan a esto, tal vez porque no hagan nada en este sentido.

La actividad formativa, en orden a los objetivos señalados en el programa de las comunidades, se encauza en la práctica por estas tres líneas de acción permanente:

«1º) Analizar lo que ha sido y lo que es la Iglesia.

2º) Profundizar en el mensaje del reino de Dios como meta última de la Iglesia.

3º) Ir creando formas comunitarias de vivir la fe cristiana, en las condiciones sociales y culturales de nuestro mundo.

Después de esto, formularemos los objetivos a largo y corto plazo» (5).

7. Celebración de la fe

La eucaristía la celebran semanalmente un 50 por 100 de los grupos. Los restantes, cada dos o tres semanas (un 18 por 100) ; cada mes (13 por 100); o sin ritmo regular. Un rasgo significativo de los pueblos es la cantidad de grupos (29 por 100) que la celebran mensualmente. De manera excepcional, algún grupo señala que han tenido

eucaristía sin cura; en algunos casos, con curas secularizados. La participación es siempre directa y viva, como cosa de todos.

La penitencia sólo la mencionan una cuarta parte de los grupos, a veces indicando que la incluyen en la celebración eucarística.

En torno al bautismo de los niños, practicado en no pocos casos, hay grupos donde se ha suscitado la polémica sobre su sentido. En más de un caso, han resuelto no bautizar al niño sino educarlo cristianamente y respetar su futura opción personal.

Los matrimonios de miembros de las comunidades son festejados especialmente en el seno de la comunidad.

Hay grupos que conceden importancia particular a determinadas fiestas, celebraciones o acontecimientos comunitarios, ya se trate de festividades del ciclo litúrgico, como navidad, pascua, pentecostés, etc. (un 25 por ciento); convivencias, retiros, ejercicios espirituales (un 20 por ciento); oraciones comunitarias u otros actos (17 por ciento).

8. Intervención social

Por incitativa y organización propia, muchos grupos desarrollan actividades de tipo cultural, o asistencial, o evangelizadoras, en el medio donde están presentes.

Aparte de eso, llevan a cabo acciones de apoyo crítico y solidaridad con el movimiento obrero y sus organizaciones sindicales o políticas (72 por ciento de los grupos). Igualmente, acciones de participación con el movimiento ciudadano, asociaciones de vecinos y similares (64 por 100). Y también, trabajo con los marginados (52 por 100). No es raro que estos niveles de actuación se den acumulativamente, es decir, que la comunidad como tal o algunos de sus componentes intervienen a la vez en distintos campos.

Esto es algo de lo que expresan las comunidades sobre su compromiso como pueblo:

«Ante la existencia, de hecho, de clases sociales enfrentadas, tomamos conciencia de que es imposible la neutralidad y que es indispensable hacer una opción básica y clara por los pobres y oprimidos: es decir, por las clases trabajadoras, por el pueblo. Y esto, desde la fidelidad al Evangelio de Jesús y a través de un análisis objetivo de la realidad. En este sentido, pensamos que cada comunidad, inserta en el pueblo y como parte de él, debe potenciar un progresivo compromiso por el logro de una sociedad sin clases. Dentro de esta común opción, constatamos la existencia de un pluralismo, tanto ideológico como de cauces concretos de acción y lucha, reflejo del pluralismo que se da en el pueblo» (6).

9. Red de relaciones eclesiales

Tres cuartas partes de los grupos presentes en el encuentro están coordinados con otros grupos o comunidades cristianas de la misma línea, por lo menos a nivel local o de zona. Sin embargo, la coordinación con el movimiento de comunidades cristianas a nivel provincial (o más amplio: regional, nacional) no estaba tan desarrollada (62 por 100), siendo notablemente incipiente en medios rurales.

Con respecto a la Iglesia institucional, si consideramos el ámbito parroquial, es más frecuente que los grupos se encuentren vinculados a las parroquias en los pueblos que en las capitales. Bastantes grupos son interparroquiales (30 por 100). Cerca de un 20 por ciento de las comunidades constituyen el núcleo básico de su parroquia respectiva. A la mitad, más o menos, no se les han presentado problemas con la parroquia. Pero un 30 por 100 han sufrido conflictos sea con el párroco o con otros feligreses.

Referente a la jerarquía episcopal, existen relaciones directas en ciertos casos (20 por 100), con mayor o menor grado de entendimiento. Es llamativo el caso de una diócesis, donde las comunidades dicen tener problemas con su obispo.

Leamos un párrafo sobre el compromiso de las comunidades como Iglesia:

«A este respecto, queremos ser una alternativa de Iglesia andaluza dentro de la comunión de la Iglesia. Esta alternativa engendra inevitablemente situaciones de tensión ante una Iglesia cuyo protagonista sigue siendo el clero y no el pueblo, ante una Iglesia que se sigue apoyando en estructuras de dinero y poder, ante una Iglesia que bautiza a explotadores y explotados, ante una Iglesia aferrada a la rutina y a las tradiciones. Queremos seguir comprometiéndonos en la tarea de una transformación radical y evangélica en orden a que el centro de la Iglesia sea el pueblo» (7).

10. Reflexiones

Más allá de la labor descriptiva, los malabarismos porcentuales y las citas de textos, hemos de plantearnos si podemos extraer algunas conclusiones o siquiera consideraciones. Particularmente tendremos en cuenta, como en lo que antecede, las diferencias en torno a la variable **campo/ciudad**.

Tanto en los pueblos como en las capitales, la composición de las comunidades según el texto está bien equilibrada. Al contrastarlo con el alto porcentaje de solteros, resulta probable que surjan bastantes parejas en el seno de las comunidades: o que éste resulte un medio accidental de vincularse. Estos hechos pueden incidir en una transición de las formas tradicionales de familia a otras más comunitarias. Las edades medias más bajas, que predominan en los pueblos, se pueden relacionar con una mayor resistencia de la gente mayor al cambio en ese medio rural y con una mayor presión social allí. Estos últimos factores pueden explicar también, junto con la marginación cultural y social, los grandes obstáculos que a veces se tropiezan para la

implantación de comunidades. Los jóvenes resultan el terreno más abonado, al menos los que todavía no se han visto forzados a emigrar.

En cuanto a la profesión, hemos puesto ya de relieve el elevado porcentaje del mundo de la educación. Parece indicar este dato que, de alguna manera, este mundo de la enseñanza constituye un medio particularmente favorable -y un cauce adecuado- para la formación de estas comunidades cristianas. ¿Por qué? Hipótesis de respuestas: la proletarianización de este grupo social y el nivel de lucha que llevó en los últimos tiempos, unidos a una mayor capacidad para captar los nuevos planteamientos posconciliares de la Iglesia, así como la ausencia del anticlericalismo provocado por el clero en el medio obrero. Por lo demás, cabría el riesgo de que, por esa vía, se tome un giro un tanto ideológico, desconectado de otros sectores más explotados. Pero este riesgo estaría hasta cierto punto conjurado por otro dato que igualmente muestra la encuesta: la gran apertura a constituir grupos mixtos con otras capas populares, de obreros, campesinos, y amas de casa.

En la marcha de los grupos, los principales atranques vienen, en los pueblos, de problemas de fe, probablemente vinculados con el agudo sentido del hombre del campo que no cree en lo que no ve y palpa, y sin duda con una mayor dificultad en la formación teórica, debida a lo complicado del lenguaje teológico, no por falta de capacidad sino de posibilidades para leer, escuchar conferencias, etc. En cambio, en las capitales, la manzana de la discordia resulta ser, en primer término, las tensiones ideológicas y políticas, como sugiriendo una tendencia a investir las propias ideas con la intolerancia seudorreligiosa del dogma, comportando un menor sentido de la realidad.

A la hora de las celebraciones de la fe, no se distinguen muchos contrastes, salvo que la eucaristía suele ser mensual en los pueblos, en bastantes casos. Es éste otro de los aspectos más conseguidos en una flexible adaptación a las necesidades vividas por cada grupo.

Finalmente, cabe repensar el más decidido compromiso práctico, social o político, observable en el medio rural. Puede deberse a la mayor inmediatez con que se viven los problemas de grado de explotación y represión, más descaradas frecuentemente que en las ciudades. Da la impresión de que «lo político», que en la urbe es motivo de discordia, planteado a nivel ideológico, en el campo es causa de unión para la lucha, al plantearse sobre todo en el plano pragmático.

Con todo, podemos afirmar que los contrastes entre las comunidades de los pueblos y las de las capitales de provincia son pequeñas, casi mínimas. Esta falta de diferencias fundamentales entre campo y ciudad podría explicarse según las hipótesis siguientes:

- a) Que los grupos en general responden a un mismo modelo comunitario, tan válido en lo rural como en lo urbano;
- b) que los grupos del campo están configurados según el modelo procedente de la ciudad, ya sea por el hecho de que sus promotores vienen del medio urbano en que se

han formado, ya sea porque de una manera más amplia los pueblos están siendo «colonizados» en todo por los esquemas de la vida urbana.

c) o quizá que las realidades concretas de un medio y otro siguen siendo diferentes, por mucho que en la superficie se utilice un mismo o similar lenguaje. Posiblemente debido a que los campesinos cristianos no han encontrado todavía su propia expresividad de la fe.

Tal vez haya otras hipótesis, que sería necesario probar más a fondo. Lo cierto es que, reiteradamente, encuentro tras encuentro, los curas y la gente del medio rural se quejan de la dificultad que supone iniciar comunidades en los pueblos pequeños. Se diría que, de manera singular ahí, no han descubierto aún el camino.

Paradójicamente, no obstante, resulta que es precisamente en muchos pueblos donde el movimiento de comunidades ha experimentado mayor expansión en los últimos tiempos (8).

De la encuesta, finalmente, se desprenden algunos rasgos que vamos a sintetizar a continuación: Las comunidades cristianas populares ponen el centro de la Iglesia en los laicos (esto es, en el pueblo), si bien hay curas y religiosos que desempeñan misiones importantes, dada su dedicación. Se trata de un movimiento con vitalidad joven, pero de una edad media adulta; aunque abundan más los solteros que los casados. Va superando la secular postergación de la mujer en la Iglesia. Está extendido predominantemente por los cauces de la enseñanza y de las parroquias de barrio o de los pueblos. Lo que si queda muy clara es la identificación marcada por el doble compromiso con Cristo y con el pueblo oprimido. En cuanto a las formas y contenidos de la organización, formación teórica, celebración e intervención social, se aprecian vacilaciones; sobre todo en el aspecto social, parece haberse agravado la perplejidad y crisis de objetivos, ante la nueva situación política, que ya había comenzado a perfilarse cuando se hizo la encuesta. Globalmente, se concientia la necesidad de consolidación y mayor coordinación entre las comunidades, así como con otros movimientos apostólicos y de transformación eclesial, y la superación de estériles enfrentamientos con determinadas instancias jerárquicas.

Dado su alcance minoritario, el movimiento de comunidades en Andalucía no representa, hoy por hoy, una alternativa construida. A lo sumo, la gestación de su posibilidad. Pues la consistencia y permanencia de los grupos suele ser problemática, queda flotando en el aire el interrogante sobre el tiempo de duración de un grupo en las actuales condiciones de tanteo e inexistencia de alternativas sólidamente experimentadas.

Aquí está el desafío. La comunidad constituye la **utopía** que energiza los esfuerzos de estos cristianos no meramente sociológicos. No la comunidad aureolada en mito ni convertida en seudopanacea; sino como proyecto que empieza y no acaba nunca en ninguna consecución concreta; como fe activadora de una praxis histórica; un instrumento para la construcción del hombre nuevo. Más que un modelo operativo, pronto sobrepasado, lo permanente radica en ese principio de «comunitarización» que

incide en la transformación evangélica de la Iglesia y en la liberación de los pobres del mundo. El movimiento de comunidades cristianas populares andaluzas sólo tendrá futuro, en esta sociedad del individualismo homicida, en la medida en que logre hacer germinar esa semilla del reino de Dios que ha caído en nuestra tierra bajo forma de utopía comunitaria.

Notas

(1) El tratamiento de las encuestas resultó lento, por la falta de tiempo, y laborioso, por la dificultad a la hora de tabular y pasar los datos a fichas perforadas, con medios puramente artesanales (1). A pesar de los inconvenientes, nos encontrábamos con una información de primera mano, muy interesante para configurarnos una imagen del movimiento de comunidades de base que sigue siendo significativa. Doy las gracias a Carmen y Rosa, Mari Carmen, Nicolás, Nani, Mariví y Pilar, quienes colaboraron desinteresadamente en el minucioso proceso de la encuesta.

(2) **Documentación del I Encuentro de C.C.P. de Andalucía**, Granada 1977, multicopiado, pág. 46.

(3) Por ejemplo en JUAN J. TAMAYO. **Un proyecto de Iglesia para el futuro de España**. Paulinas, Madrid 1978. PEPE CHAO, **La Iglesia que Franco quiso**. Mañana, Madrid 1976.

(4) **Documentación I Encuentro**, pág. 10.

(5) **Ponencia introductoria del II Encuentro**.

(6) **Comunicado final del I Encuentro**, pág. 47.

(7) **Comunicado final del I Encuentro**, pág. 48.

(8) Esto lo hemos detectado claramente a través de los grupos de **teología popular**, proyecto realizado a partir de finales de 1977 y que cuenta ya con cerca de dos mil suscripciones a los temas.